

Lecturas escogidas de la Hemeroteca

Luis López de Mesa

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

Tal vez la primera obra maestra que escribió Jorge Luis Borges fue "Pierre Menard, autor del Quijote". Se trata de uno de sus famosos "ensayos-ficticios", en donde plantea la teoría literaria de que la tradición es un presente permanente, pues es la lectura de cada lector lo que la actualiza en contextos cada vez diferentes. Para el insigne autor de "La Biblioteca de Babel" la creación no está, en efecto, en el escribir, sino en el leer; y leer, según él, es inventarlo todo nuevamente. Es decir, que, y en cuanto a los grandes escritores se refiere, no existen autores enmohecidos o, cuando menos, alejados definitivamente en una determinada porción del tiempo. Van, en consecuencia, fluyendo de edad en edad, o como ahora se ha puesto tan de moda afirmar, de década en década, bajo la luz espiritual que los lectores de cada una de ellas les confieren; seca y sórdida unas veces; clara y fecunda, otras.

Mas sin necesidad de ampararnos en los extremos de aquella teoría borgiana, que constituye a la vez una paradoja y una parábola, en esta sección del *Boletín Cultural y Bibliográfico* que iniciamos, sólo pretendemos, aunque apoyándonos en el fiel avizor de dicha idea, traer paulatinamente a todo un linaje de escritores colombianos ya fenecidos en su carne, y cuyos pensamientos y sentimientos se encuentran esparcidos en cientos de páginas que conforman las diferentes colecciones de la Hemeroteca Luis López de Mesa. Pues de lo que sí estamos persuadidos es de que a un escritor lo puede leer mejor una época que otra, o una generación. Tal la profunda lectura que hicieron los románticos alemanes del Quijote, para quienes la obra inmortal

significó una súbita claridad sobre la vida. Y no hay, ya dentro de las bardas humildes pero limpias de nuestro país, mejor ejemplo que el sesudo estudio del profesor Luis López de Mesa sobre el Libertador. Cuando se publicó por vez primera —de acuerdo con lecturas que hicimos a propósito en los periódicos de ese año— la polvareda fue muy grande. ¡Tanto, que no dejó ver a Don Beltrán! Diríase que las ideas del ilustre polígrafo fueron muertas por los miasmas de una marisma, enrarecida merced a los fermentos de cierta ficción del heroísmo impoluto. En cambio, ahora el pensamiento de Luis López de Mesa se nos revela en todo su valor, ¿y por qué no?, en todo su esplendor. Con lo cual, esto es, con la publicación del estudio que en seguida se podrá leer, creemos conjugar dos propósitos en uno solo. Porque arrancamos con un formidable trabajo de nuestro santo patrón laico y tutelar, si es que así se puede anotar, no obstante que él hubiese preferido escribir: “daimon” protector; y porque se refiere, ¡nada menos!, que al Hombre Emblema de América cuyo sesquicentenario de su muerte estamos, en este año de 1980, celebrando. Cosas ambas que justifican, por esta vez, el abundante número de páginas.

Esperamos, sin embargo, que al leer estas líneas nadie derivará la consecuencia de que concedemos mucho más valor al ayer que al presente. “Sábelo —dice el criado en las Coéforas de Esquilo— los muertos matan a los vivos”. Unicamente, deseamos intentar una cordial tarea de “Salvación”, un ir del presente al pasado con amor intelectual, y a fe que trataremos de hacerlo: no para que nuestros Caros, nuestros Samperes, nuestros Pombos, nuestros Silvas, nuestros Caicedo y Rojas, nuestros Ñitos y, en fin, cuantos escribieron en revistas queden salvados y transfigurados en las páginas de la literatura colombiana, no; apenas pretendemos colocarlos en postura tal que la luz del intelecto vierta sobre ellos una nueva claridad de impresión y una nueva claridad de meditación. Profundidad y claridad, claro está, de nuestro tiempo. Que les puede ser favorable o adversa. Tenemos, por consiguiente, cita con la luz intelectual del lector contemporáneo. Y a decir verdad, con dicha lectura nos declaramos satisfechos. Puesto que el oficio de leer consiste ante todo en un acto de sobriedad y lucidez. O para situarnos en el lugar de donde comenzamos: “todo hombre —escribió Borges, ese frío comentarista y antólogo de Dios— debe ser capaz de todas las ideas”.

Tomado de:

Nº 111

López de Mesa, Luis,

Simón Bolívar y la cultura iberoamericana.

(En Revista de América. Bogotá, julio 1945,

v. 3, no. 7, p. 17-45; agosto 1945, v. 3, no. 7, p.

161-175).